



Guadalupe Nettel

Otra forma de mirar

Tras construir su literatura sobre personajes con alguna rareza, la mexicana se ha sometido a su propio microscopio. "El cuerpo en que nací" (Anagrama) nos sumerge en los años borrosos de su infancia. **texto A.G. ITURBE foto MARTA CALVO**

● LA AUTORA

Nacida en Ciudad de México en 1973, Guadalupe Nettel es autora de la novela *El huésped* (con la que resultó finalista del Premio Herralde de 2005 y que le valió también el Anna Seghers) y de tres libros de relatos: *Juegos de artificio*, *Les jours fossiles* y *Pétalos* (que fue premio Gilberto Owen y Antonin Artaud). Elegida en el Hay Festival de Bogotá 2007 como uno de los mejores 39 escritores latinoamericanos menores de 39 años, además ha colaborado en medios como *Lateral*, *La Jornada Semanal* o *L'inconvénient*.



El cuerpo en que nació
Guadalupe Nettel
Anagrama
192 págs. 16 €.

Guadalupe Nettel practica un realismo incómodo. En su universo (recorrido en *Pétalos*, *El huésped* y *Juegos de artificio*), los personajes son gente corriente de vidas sencillas que poco a poco van mostrando grietas en lo que habitualmente se considera racional o conveniente: un fotógrafo empeñado en retratar párpados imperfectos, un oficinista japonés al que le cuesta reconocer que sólo es feliz cuando se encuentra entre cactus, una mujer que se arranca compulsivamente el pelo, una muchacha que siente habitar dentro suyo a alguien distinto...

En *El cuerpo en que nació*, la materia prima de la extrañeza es la propia Nettel. Suele resultar estéril preguntarle a un novelista cuánto de autobiográfico hay en su libro. Uno se expone a una respuesta paternalista en la que le cuenten pacientemente que toda obra de arte está contaminada por la experiencia del autor. Pero, en este caso, uno siente una curiosidad especial por saber hasta qué punto este libro tan aparentemente íntimo, pero inscrito en la colección de narrativa, es o no lo que parece. La protagonista es una niña mexicana nacida en los 1970, con un problema en la vista, a la que le gusta relatar cuentos y que viaja un tiempo a París. Parece su propia vida... ¿Lo es? "Lo es", confirma ella. Uno, que se sabe todos los trucos de los escritores, le señala un punto donde se evidencia que no es una simple autobiografía, sino un artefacto narrativo: cuando la narradora explica a su familia que va a escribir sobre su infancia y recibe una llamada de su madre que le dice: "Tuve insomnio toda la noche, pensando en tu famosa novela. ¿Sabes que puedo demandarte por perjudicar mi imagen?". No parece la reacción propia de una madre orgullosa de su trabajo como escritora y, de ser cierto, tampoco lo mostraría.

"¡Ya lo creo que es cierto! -me responde. Son las cosas de mamá". Y, si uno se para a pensarlo, concuerda con el relato que nos ha hecho de su infancia: unos padres no tan progres como se empeñaban en aparentar, que se tomaron al pie de la letra la libertad sexual de los 1970 y acabaron echando a rodar su matrimonio.

El libro nos muestra a una niña que ha de llevar un parche en el ojo por culpa de una mancha de nacimiento en la córnea y cómo eso la sitúa inmediatamente en el grupo de los raros del patio de la escuela. Nos cuenta los extravagantes y desagradables ejercicios para estimular el nervio óptico. Son años de estudios en la moderna escuela Montessori, donde los alumnos eligen libremente a qué dedicar sus horas de escolaridad, de una placidez que se quiebra para siempre con el divorcio de sus padres. Veremos cómo ella, su hermano y su madre se van a vivir un tiempo a Francia, mientras su padre ha desaparecido misteriosamente del mapa. Finalmente, sabrán que, tras una breve etapa de esplendor y ascenso económico, ha acabado en la cárcel por malversación. Veremos la probatura fallida de su madre de ir a vivir a una comuna: una de sus radicales fundadoras, tan empeñadas en abolir la propiedad privada, se pone como una fiera cuando su pareja decide compartir su miembro viril con la recién llegada señora. También veremos su año con la estricta abuela materna, que pone del revés

todos los conceptos liberales inculcados por sus padres, y sus dificultades para ser aceptada como futbolista en el equipo local.

Cuesta imaginarse a la escritora como defensa central del equipo de chicos del barrio. Le pregunto si aún conserva la afición y confiesa que es seguidora de Los Pumas. "Una vez estaba escribiendo en una cafetería y resultó que empezaron a dar un partido del Mundial en una enorme pantalla de televisión... dudé qué hacer. ¡Finalmente cerré el ordenador y me puse a ver el partido!". Después, al hablar de la vida en México, se le arruga la sonrisa: "Las cosas están muy mal, todo ha ido a peor. La corrupción se ha filtrado ya a todo. La delincuencia ya es parte de la sociedad. Yo nunca había tenido miedo... pero tener hijos te hace más vulnerable".

Autora con niño

Nettel es una persona tan extremadamente normal que resulta rara: ha venido de México para la presentación del libro empujando el carrito de su bebé de cuatro meses. Mientras ella responde preguntas, él mira con unos ojos enormes repletos de curiosidad desde los brazos de su madre. Pero eso tan normal, en realidad, es poco habitual en el ámbito de la edición adulta, un mundo generalmente sin niños, de gente ensimismada en su gran obra, ocupada en asuntos más trascendentes que limpiar culos. La propia Nettel es como los personajes de sus relatos: una mujer normal, guapa, pero que tiene algo extraño que quiebra esa sensación de normalidad: un ojo derecho levemente nublado que lo enturbia todo.

El arranque de la novela está, precisamente, en ese defecto ocular. Sus padres le cubren el "ojo bueno" con un parche para estimular el que tiene la mácula y eso hace que durante todo el día vea el mundo como desde detrás de una catarata. Explica ese padecimiento sin aspavientos, incluso resaltando la alegría cuando al final del día le quitaban el parche y el mundo volvía a hacerse nítido y colorido. Dice que no le ha producido una especial incomodidad hablar de su problema físico: "Es regresar a mi tema. Todos somos raros. Para mostrarlo, únicamente es necesario poner el reflector sobre ese detalle preciso. La objetividad es subjetiva". Una niña con un ojo defectuoso podría haber sido un material dramáticamente muy exprimible, habría podido hacer el libro más comercial. Tocar ciertas teclas emocionales hace vender. Pero ésa no es su línea: "Yo quería, ante todo, mantener la sobriedad". Así, tiende a suavizar momentos que podrían haber estado cargados de tragedia: cuando visita por primera vez a su padre en la cárcel tras mucho tiempo sin saber de él, el encuentro es entrañable pero nada lacrimógeno. Su padre incluso le hace sonreír hablándole de los apodosos de los presos. Nos muestra cómo esa niña que es ella (y que podría ser cualquiera de nosotros en la infancia) no es más extranjera en su México natal que en Francia: siempre es forastera en un mundo hecho y deshecho por los adultos. Por eso, Nettel es una de las escritoras con mejor toque literario de la narrativa mexicana actual: llega al tuétano sin romper el hueso. ■